

ROBERT WALSER

Poemas

Blancanieves



El presente volumen reúne una colección de *Poemas* (1909), que constituye su primera publicación del género, y *Blancanieves* (1902), uno de los cuatro dramas en verso o poemas dramatizados que escribió. Se trata de sus obras líricas más tempranas, pero presentan ya cuajadas todas las características de las novelas y las prosas breves que le han hecho un autor conocido y apreciado.

PRÓLOGO

Robert Walser fue un hombre que rebosó de amor a las cosas, hizo alardes de valentía frente a la vida, y ésta le dotó con la razón del poeta. Publicó quince libros, a pesar de lo cual no tuvo ni donde caerse muerto. Sus tres novelas mayores han sido relativamente conocidas y apreciadas (*Los hermanos Tanner*, *El ayudante* y *Jakob von Gunten*), pero su poesía permanecía hasta ahora inédita en español.

La colección de *Poemas* (*Gedichte*) y el pequeño drama en verso de *Blancanieves* (*Schneewittchen*) que reunimos en este volumen pertenecen al periodo más temprano de su producción literaria y lírica, pero ya contienen todas las orientaciones, todos los asuntos y materias de sus obras posteriores, también de las novelas. Se encuentran ya el movimiento, familiar en Walser, entre la parodia y la reflexión crítica, un provocativo pensamiento sencillo y una belleza que sopla en el ritmo y en la lengua contra la trivialidad aparente de sus contenidos. Walser forjó aquí su estilo, un estilo que ya no abandonó nunca, pulcro y pudoroso como sus propios modales debían de serlo, aspirando a la misma pureza que su alma ingenua.

Los *Poemas* fueron su primera publicación de un libro de poesía y vieron la luz en Berlín, en 1909, en una edición de bibliófilo que incluía unos dibujos de su hermano Karl que ilustraban con claridad el texto. Todos ellos habían aparecido hasta entonces individualmente en diversas revistas y periódicos. Se trata de cuarenta composiciones escritas entre 1898 y 1907 en Zürich.

Blancanieves es uno de los cuatro dramas en verso que escribió (los otros tres: *Los muchachos*, *Poeta* y *Cenicienta*). Él les puso el nombre de «dramolette», y aparecieron entre 1900 y 1902 en la revista *Die Insel*. Se trata de la obra, junto con el *Jakob von Gunten*, tal vez más decisiva de Walser. De ella dijo Walter Benjamin que era «una de las creaciones más significativas de la poesía moderna. Ella sola es suficiente para comprender por qué este escritor, aparentemente el más caprichoso de todos, fue un autor predilecto del imperturbable Kafka».

Para escribir estos textos, Walser se despidió de sus empleos de criado, de recadero y de escribiente en distintas ciudades suizas en las que vivía en aquel tiempo, un tiempo en el que tuvo muchos oficios y poco trabajo. Pensaba, no obstante, que el trabajo artístico requería una entrega total. Con semejantes pensamientos, no era difícil predecirle un horizonte de duras dificultades económicas. La precariedad marcó su existencia de inquilino permanente en frías buhardillas de hoteles, oscuros cuartos de casas de huéspedes, o poco caldeadas alcobas de sirviente.

Robert Walser había nacido en 1878 en Biel (Suiza), séptimo hijo de una familia de ocho hermanos, y el día de Navidad de 1956 lo encontraron muerto en la nieve, no lejos del manicomio de Herisau, lugar en el que había pasado los últimos veintitrés años de su vida. Murió mientras paseaba. De su padre había heredado el seguro estoicismo con que afrontó la vida, mientras que su madre le había dejado una suerte de tristeza patológica que compartió también con sus hermanos (dos de los cuales murieron igualmente de enfermedades mentales). Hizo estudios de banca y a lo largo de su vida desempeñó toda clase de trabajos subalternos. En la literatura entró con la tozudez de *Bartleby*. Su obra constituye la apología del cero a la izquierda, un educado cero a la izquierda, con una letra impecable, y a quien la vida se le presenta, pese a todo, maravillosa. Su obra es él mismo. Nada mejor que un fragmento suyo para

apreciar «los sentimientos y la magia juvenil» en que surgieron estos tempranos poemas y los versos de *Blancanieves*:

En verano no escribí nunca un poema. La floración y el resplandor me resultaban demasiado sensuales. En verano me ponía triste. Con el otoño se instalaba una melodía en el mundo. Me enamoraba de la niebla, de la oscuridad, que cada vez comenzaba antes, del frío. La nieve me parecía divina, pero más hermosas y divinas me resultaban las oscuras y cálidas tormentas salvajes de la primavera precoz. Durante el frío invierno, relucían y titilaban los atardeceres fascinantes. Los sonidos me hechizaban, los colores hablaban conmigo. Huelga decir que vivía inmensamente solo. La soledad era la novia a la que yo rendía homenaje, la compañera que prefería, la conversación que amaba, la belleza que disfrutaba, la sociedad en que vivía. Para mí no había nada más natural ni amistoso. Yo era un criado generalmente sin empleo fijo. Era lo que me convenía. ¡Ah, la deliciosa y ensoñadora melancolía, el dulce temor, la hermosa y celestial desgana, la afable tristeza, la encantadora austeridad! Amaba los suburbios con sus aisladas figuras de obreros. Los campos nevados se me dirigían confidencialmente... ¡Me parecía que la luna derramaba lágrimas sobre la nieve fantasmagóricamente blanca: las estrellas! Era magnífico. Yo era tan principescamente pobre y tan majestuosamente libre... En las noches de invierno, de madrugada casi, me ponía en la ventana abierta y dejaba que el rostro y el pecho cubierto apenas con el pijama respiraran su gélido aliento. Y entonces tenía la extraña sensación de que todo ardía a mi alrededor. Habitualmente, en aquella remota habitación en que vivía, me postraba de rodillas y pedía a Dios por un verso bonito. Después salía por la puerta y me perdía en la naturaleza.

Cuando en enero de 1929 Walser ingresó en el manicomio, no tuvo más que elogios para la habitación que le había tocado en suerte. Primero en el manicomio de Waldau y luego en el de Herisau, continuó viviendo como el precario y agradecido inquilino que había sido toda su vida. Elias Canetti resumió así la personalidad y la importancia del escritor suizo: «A un personaje tan singular como Walser no hubiera podido inventarlo nadie. Es más extremo que Kafka, que sin él no hubiera surgido nunca y a quien él contribuyó a crear».

Carlos Ortega

N. B.: El traductor quiere agradecer aquí las pacientes sugerencias que para una parte de este trabajo le hicieron Regina Münch y Ruth Zauner.

POEMAS

(1909)

EN LA OFICINA

La luna desde fuera nos contempla,
y me ve a mí,
pobre criado distraído, bajo
la estrecha mirada de mi patrón,
cómo con timidez me rasco el cuello.

No, nunca conocí rayos solares
que una vida duraran,
ni los conoceré. La carencia es mi sino;
me agobia tener que rascarme el cuello
bajo la mirada de mi patrón.

Es la luna la herida de la noche,
gotas de sangre, las estrellas todas.
Como la dicha me queda muy lejos,
me he vuelto comedido;
es la luna la herida de la noche.

TIEMPO POR DELANTE

Me esfuerzo por reír
y por estar alegre,
pues así debo hacerlo:
hay tiempo por delante.

Por la trillada senda
de un corazón cansado
van antiguos dolores:
hay tiempo por delante.

Tengo que controlar
esta tendencia al llanto
junto con otras cosas:
hay tiempo por delante.

ATARDECER

Brilla en la nieve el amarillo oscuro
de un camino que se abre entre los árboles.
Anochece, y el aire
espeso va empapando los colores.

Bajo estos árboles voy caminando.
Sus ramas como manos infantiles
suplican sin cesar
con indecible amor, cuando me paro.

Los lejanos jardines y los setos
arden en el oscuro laberinto,
y el cielo mira estupefacto
cómo se abren las manos infantiles.

SOL DE INVIERNO

Por muros y paredes
—no tardando ya mucho—,
arderá un brillo de oro.
El día ha levantado
la urdimbre de la tierra:
la niebla, y la noche.
Clamor que se serena,
hondo alentar, tibieza,
el venturoso sol.
También yo he olvidado
aquello que me tuvo
postrado tanto tiempo:
el peso y el dolor.

Y PARA QUÉ

Y al clarear el día
precipitadamente,
se puso a hablar despacio
con serena y firme resolución:
esto debe cambiar,
yo a la lucha me arrojo,
quiero ayudar como otros
a erradicar del mundo el sufrimiento,
quiero sufrir yo mismo y no parar
hasta ver libre al pueblo.
Y nunca más postrarme de cansancio:
algo debe ocurrir.
Pero le entró una duda, como un sopor, y dijo:
casi mejor lo deajo.

LUCERO DEL ALBA

Al abrir la ventana,
irrumpe el alba oscuro.
Ha cesado la nieve,
y en su lugar hay una estrella grande.

Es la estrella, la estrella,
bella como un milagro.
Blanca de nieve está la lejanía,
blancas de nieve todas las alturas.

Sagrada, refrescante,
la quietud del mundo de la mañana.
Con nitidez se posan los sonidos;
los techos relucen como pupitres.

Muy silenciosa y blanca:
una soledad muy grande, hermosa,
cuya fría quietud cualquiera voz
perturbaría; de calor me quema.

ORACIÓN

De noche, la oración
es mi único quehacer.
Después de haber cumplido
despierto todo el día,
ya puedo descansar.

LOS ÁRBOLES

(Balada)

No debían cerrar así los puños,
que es mi nostalgia la que se aproxima,
ni tampoco ponerse como locos,
que es mi nostalgia que va tímidamente,
ni al acecho como perros rabiosos.
¿Querrán tal vez comerse mi nostalgia?
Ni amenazar con cajas destempladas,
porque eso le hace daño a mi nostalgia.
¿Por qué se han transformado de repente?
Igual de grande y honda es mi nostalgia.
Tanta pesadumbre, tanta amenaza:
hacia ellos debo ir, ya voy llegando.